

Viene de la página 138

cargo del sacerdote, negándole los anticonceptivos y la igualdad es porque en su inferioridad material ha encontrado la clave para reproducir la familia conservadora. El actual vuelco laico no es sólo erótico, sino también democrático.

Las buenas feministas (porque hay buenas y malas, como el colesterol) abogan no por la igualdad de los sexos, sino por la igualdad. La situación deseada sería aquella en que habiendo hombres y mujeres con sus particularidades, fueran socialmente equivalentes. Es decir, no que hubiera tantos ministros como ministras, ni tantos bomberos como bomberas, sino que unos y otros pudieran desarrollar su libertad en igualdad de condiciones para ser una cosa u otra, empleados de 52 horas semanales para disfrutar un ascenso, o de 35 horas para gozar de mayor relación con los hijos y los demás. Ni un padre es una madre ni viceversa. El hijo es el primero en enterarse, ¿las malas feministas todavía no? Los dos valen por el estilo, pero no son del mismo estilo.

¿O sí? Podría ser así si, como algunos se atreven a sostener, la feminidad y la masculinidad no fueran en alta proporción identidades primordiales, sino sólo artefactos culturales, derivados de la historia más la educación. Siendo así, podría llegarse al punto en que el modelo mujer o el modelo hombre se hallaría al



Un hombre pasea con una niña en un parque de Madrid. / MIGUEL GENER

alcance de cualquiera y de acuerdo a su elección. A lo largo de una vida, incluso, se cambiaría el género sin necesidad de cirugía y sólo de acuerdo a los gustos. Por este camino persistiría alguna aparente diferencia física, pero tendería, con el tiempo, a hacerse irrelevante. Lo decisivo sería la sexualidad común junto a los modos personales de asumirla para los contactos. Todos seríamos, pues, sexos reversibles, soportes de uno y otro géne-

ro, y, en ese momento, ¿qué sería el matrimonio heterosexual, homosexual, bisexual, transexual? Todo lo mismo o sólo el surtido de colores de una misma relación troncal gracias a la flexible identidad de los componentes. ¿Valdría, por tanto, la pena hablar más de matrimonio? Las gentes se reunirían en *neofamilias*, o como fuera que se llamaran estas agrupaciones formadas, con el fin de ayudarse mutuamente y vivir, en suma, algo

mejor: con menores costes por cabeza, más cariño, más sexo seguro, más atención personal.

La familia, pues, lejos de desaparecer, llegaría a multiplicarse en un archipiélago de opciones (reunión de adultos con niños, de niños con ancianos, de hermanos con primos, de amigos con bebés, de lesbianas con hombres, de gays con primos). Un porvenir que, de otra parte, no parece muy distante, puesto que en algunos países de tradición divorcista el modelo de la familia tradicional no es ya mayoritario y las variaciones abundan por doquier. En España hay pocos o poquísimos divorcios todavía (un 10% del total de bodas, mientras en Francia se divorcia una cuarta parte, y en Estados Unidos, alrededor de la mitad), pero las parejas que no se casan, que cada vez abundan más, duran una media de seis años. Así como antes casi todo era para toda la vida, ahora casi nada conoce la durabilidad. Incluso nos impacientamos cuando el coche no presenta averías y nos retrasa la sustitución. *Nacidos para cambiar* es el título de uno de los últimos libros de Enrique Gil Calvo. Para cambiar de casa, de ciudad, de ropas, de aparatos. Pero también para cambiar la pareja, la familia, la cara, los pechos y hasta el sentido del sexo, si las teorías más culturalistas llevaran al extremo su insistencia sobre la preeminencia de la socialización sobre las hormonas, la sinapsis, las emociones y la causa que los fundó.

El difícil civismo

FERNANDO SAVATER

TODOS (ALGUNOS supongo que culpablemente más que otros) hablamos de educación cívica. Pero la mala noticia al respecto es que los primeros logros en esa tan difícil como necesaria asignatura, cuando se obtengan, servirán principalmente para mejorar la ciudadanía sólo dentro de lustros o décadas. La mayor parte de los españoles actuales tenemos ya mal arreglo: hemos llegado a la madurez cívica en las postrimerías del franquismo o, quienes son más jóvenes, se han formado aún con los resabios y prejuicios heredados de la resistencia ideológica contra esa dictadura.

Los más comprometidos políticamente entendemos todavía como primera obligación ciudadana el enfrentamiento ideológico y la denuncia de quien ocupa el poder; los más desconcertados o menos recalcitrantes —por lo común, los recién llegados— prefieren la abstinencia política y la reivindicación de derechos ligados solamente a sus proyectos privados. En ambos casos, la plena ciudadanía de cada cual sale maltratada sea por congestión o por anemia...

El civismo no es un ideal único y eterno, establecido de una vez por todas en la república de las ideas. Se trata de una construcción histórica siempre debatida cuyo objetivo esencial es permitir que todos seamos voluntariamente corresponsables de la gestión de la sociedad, lo cual es una forma trabajosa de decir: de que la democracia funcione como tal. Cada país, incluso cada área cultural, suele tener sus déficit cívicos específicos.

Por ejemplo, uno de los clásicos en España —agravado en las naciones americanas que comparten lo mejor y lo peor de nuestra herencia— es la confusión en torno a las atribuciones de la autoridad política. Entre nosotros suele creerse popularmente que quien alcanza un puesto de responsabilidad pública relevante puede permitirse más cosas que el resto de los ciudadanos, por ello se esperan de él arrolladores milagros y se comprenden o disculpan desplantes idiosincrásicos. En realidad, quien ocupa un alto cargo debería saber que puede permitirse menos genialidades que los ciudadanos comunes, e incluso debe renunciar —en aras de la porción de poder público que administra— a comportamientos inocentes en otra posición social. Por eso, dicho sea de paso, quienes nos sabemos incapaces de renunciar a nuestros vicios o caprichos no deberíamos nunca aspirar a magistratura alguna...

Un ejemplo reciente de este malentendido ha sido la polémica del pasado verano en torno a unas fotografías de las ocho ministras del actual Gabinete aparecidas en una revista de modas. Por supuesto, las fotos (salvo una de ellas) nada tienen de malo en sí mismas. Responden sencillamente a una ingenuidad algo boba: demostrar *coram pópulo* que las mujeres pueden ocupar el cargo de ministro sin renunciar a su otro cargo no menos convencional de mujeres, para lo cual se prestaron a exhibirse con los atributos y en la disposición tradicionalmente consagrada de la feminidad triunfante. Se intentaba así combatir un prejuicio asumiendo inconscientemente otro aún más profundo. Qué le vamos a hacer.

Los más comprometidos políticamente entendemos como primera obligación ciudadana el enfrentamiento ideológico

Pero la principal de esas imágenes las retrataba con sus poco oportunas galas en la escalinata de la sede de la Presidencia del Gobierno, un espacio que la más elemental consideración de lo público debería haber vedado a tan ufana manifestación. Ese lugar representa precisamente el área que debe estar vedada a los caprichos personales porque concentra y simboliza la atención a las necesidades de lo colectivo. Cuando uno se encuentra legítimamente ahí, no está autorizado a hacer lo que se le ocurra, sino el deber que se le ha encargado. Sin dramatizar el error, esa fotografía constituye sin duda una muy mala lección de ética cívica.

Pero la ciudadanía no sólo consiste en renuncias y aceptación de tabúes razonables, sino que exige también disposición a formarse, argumentadamente, un criterio propio. No demuestra precisamente voluntad cívica la actitud pasiva de tantos europeos que se abstuvieron en las pasadas elecciones al Parlamento de la UE con la excusa de que “los políticos no les habían explicado claramente lo que eran las instituciones de Europa”. Seguro que tampoco nadie fue a su casa a contarles las alineaciones y tácticas de los equipos en el reciente campeonato mun-

dial de fútbol, pero se las ingeniaron para aprenderse de memoria... Es tristemente sabido que los gobernantes, los *revolucionarios*, los periodistas, los catedráticos... por no hablar de los diversos clérigos, suelen mentir con fruición y asiduidad. Pero como ciudadanos formamos parte de un nicho ecológico sumamente privilegiado desde el punto de vista informativo, donde abundan periódicos, radios, televisiones y, desde luego, conexiones a Internet. Frecuentarlos, y sobre todo contrastarlos, es parte exigible de nuestra condición de usuarios de la democracia: quien no lo haga tiene tan poco derecho a quejarse de ignorancia o engaño como el que se deja morir de hambre por pereza para masticar...

Sobre este tema de la ignorancia voluntaria sabemos muchísimo aquí, en el País Vasco. ¡Incluso a estas alturas! Hace pocas semanas, la admirable María Teresa Castells —esposa de Ramón Recalde y copropietaria de la librería donostiarra Lagun— fue apostrofada virulentamente a gritos en pleno centro de San Sebastián por un energúmeno que la llamó “asesina”, “torturadora” y quién sabe cuántos disparates más. El pajarraco agresor debía de ser sin duda un locoide musculoso de los que tanto abundan por desgracia en estas tierras, pero aun así resulta penoso que ninguno de los numerosos transeúntes hiciera el menor gesto de asistir a una señora no precisamente corpulenta en dicho desagradable trance. Finalmente, María Teresa tomó un taxi para acabar el incidente. Y aquí viene la guinda del asunto. El taxista se interesó por qué le decía el exaltado y ella se lo detalló, comentando: “Ya ve usted, después de que a mi marido le han pegado un tiro en la cara...”. Entonces el chófer concluyó: “Ah, bueno, es cosa de política...”. Y ya no volvió a dirigirle la palabra hasta el final del trayecto.

Concluyo con una nota cívicamente optimista. Anteayer, caminando hacia la Concha, donde me proponía disfrutar uno de los deliciosos primeros baños otoñales, me salté con mis escoltas un semáforo en rojo. Ya se sabe, como no venían coches y con las prisas... Al otro lado de la acera me esperaba una señora que, con mueca más aviesa que traviesa, me regañó: “¡Se cruza en verde, señor Savater! ¡Qué falta de civismo!”. Tenía mucha razón: para que luego digan que en el País Vasco no se defienden públicamente las leyes...